

Se publica y reparte gratis dos veces al mes.

LA AVALANCHA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: *Biblioteca Católico-Propagandista.*—Tejería, 24, PAMPLONA.

SEMANA SANTA.

MEMOS entrado en la Semana Mayor llamada generalmente Semana Santa, porque en ella conmemora y nos recuerda la Iglesia los misterios más santos, más tiernos y más patéticos de nuestra sacrosanta Religión, como son la pasión y muerte del Salvador, la Redención del género humano; la institución del augusto sacrificio de la misa y del sacramento del amor. ¡Dichosos los que penetrándose del espíritu de la Iglesia, saben estos días trasladarse al Cenáculo, al monte Olivete, al Pretorio y á la cima del Gólgota y recogen las saludables enseñanzas que de allí dimanar!

La Semana Santa tiene el privilegio en los tiempos de indiferencia, de tibieza y de cobardía en que vivimos, de despertar los corazones aletargados por los halagos ó por los cuidados del mundo, pues hasta los más despreocupados no pueden resistir el impulso de visitar las Iglesias por Jueves Santo; y participan en cierto grado del recogimiento general del pueblo cristiano el día de Viernes Santo, lo que no es de extrañar, pues hasta el filósofo impío *Rousseau* conmovido ante la grandeza de las escenas de Judea exclamaba: «Si la vida y muerte de Sócrates fueron las de un Justo, la vida y muerte de Jesucristo fueron las de un Dios.»

Los dolores y congojas que padeció Nuestro Señor Jesucristo en su Sacratísima Pasión fueron acerbísimos por la calidad de los tormentos y por la constitución delicadísima del cuerpo del más «Hermoso de los hijos de los hombres;» pero inmensamente fueron mayores las angustias que pasó Jesucristo por la ingrátitud espantosa del pueblo deicida y de tantos malos cristianos, que habían de despreciar los frutos de su Pasión. Jesucristo tenía presente todos y cada uno de los pecados que se habían de cometer, y padeció por ello tanto, que sus ojos que son la hermosura del Cielo, lloraron lágrimas amargas. Y ante la vista de tantas infidelidades instituye la Sagrada Eucaristía. ¡Qué prodigio de amor!

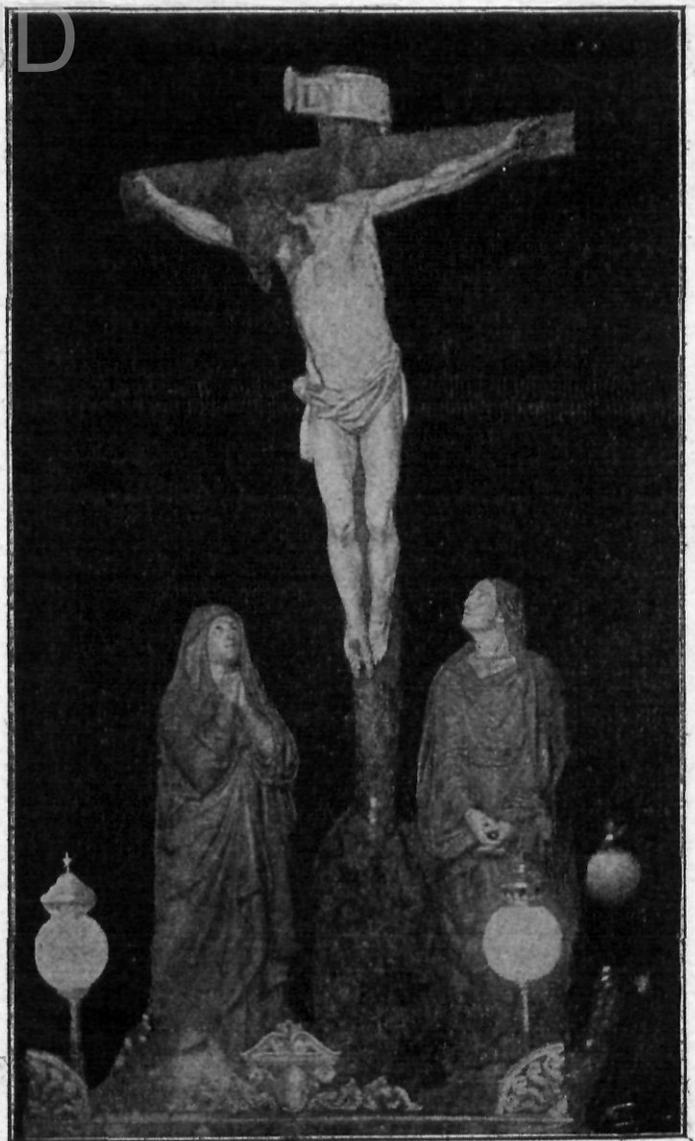
Vemos deslizarse en el cuadro de la Pasión las figuras repugnantes de Judas, Anás, Caifás, Pilatos, Herodes y del pueblo deicida, pero las que más repugnancia nos causan son las de Judas y Herodes que tienen en nuestro siglo muchísimos imitadores. Imitan á Judas los que educados en las doctrinas de la Iglesia, como Judas lo fué en la escuela de Jesucristo, venden su pluma á las logias dirigidas por la banca judía, para calumniar á diario á los ministros de la Religión, para zaherir é insultar á las Ordenes religiosas; para alentar y sostener obras nefandas como el despojo sacrilego del patrimonio de San Pedro y la prisión del Romano Pontífice representante de Nuestro Señor Jesucristo; en una palabra, los que por salario ó por puestos lucrativos venden su conciencia á las logias, para entregarles la Iglesia atada de pies y manos, á fin de que de nuevo si pudiera ser la crucificasen.

En Herodes están representados los caracteres frívolos y livianos de nuestros días, que asisten lo mismo al teatro á la representación de una comedia escandalosa, como á una función de desagravios; que oyen al orador sagrado con el mismo espíritu con que escuchan á un orador profano; y que desearían que

Dios hiciese milagros para ellos entretenerse. Desgraciadamente el género abunda y se encuentran muchos sin convicción de ninguna clase, sin que la religión influya en su conducta para nada, sin que oren nunca, ni sepan en qué consiste el ayuno, y sin que se impongan ningún sacrificio por servir á Cristo Dios.

Otros hay como Pilatos, que se amilanan ante la osadía de los malvados y temiendo sus iras, ó sus burlas, se abstienen de contribuir á toda obra piadosa, y cuando alguna vez se ven solicitados á ello, contestan al punto que para hacer bien no es necesario alistarse en las Conferencias ó favorecer la propaganda de buenas lecturas. Y cuando no van más adelante y por respetos humanos hacen coro con los impíos por pasar plaza de ilustrados.

En fin, dejando á otros muchos, porque la cadena es muy larga, también hay muchos y buenos católicos que siguiendo las doctrinas de la Cruz vida, luz y alegría de las almas, siguen á Jesucristo, y su mayor consuelo es servirle, y su mayor ansia la de que todos se aprovechen de los frutos de la Redención. A estos toca en estos días de recogimiento y de oración suplicar á Dios que se apiade de nosotros, y que el espíritu de oración, de humildad y de sacrificio informe nuestra conducta.



PAMPLONA.—Procesión en la tarde del Viernes Santo: Jesucristo crucificado.

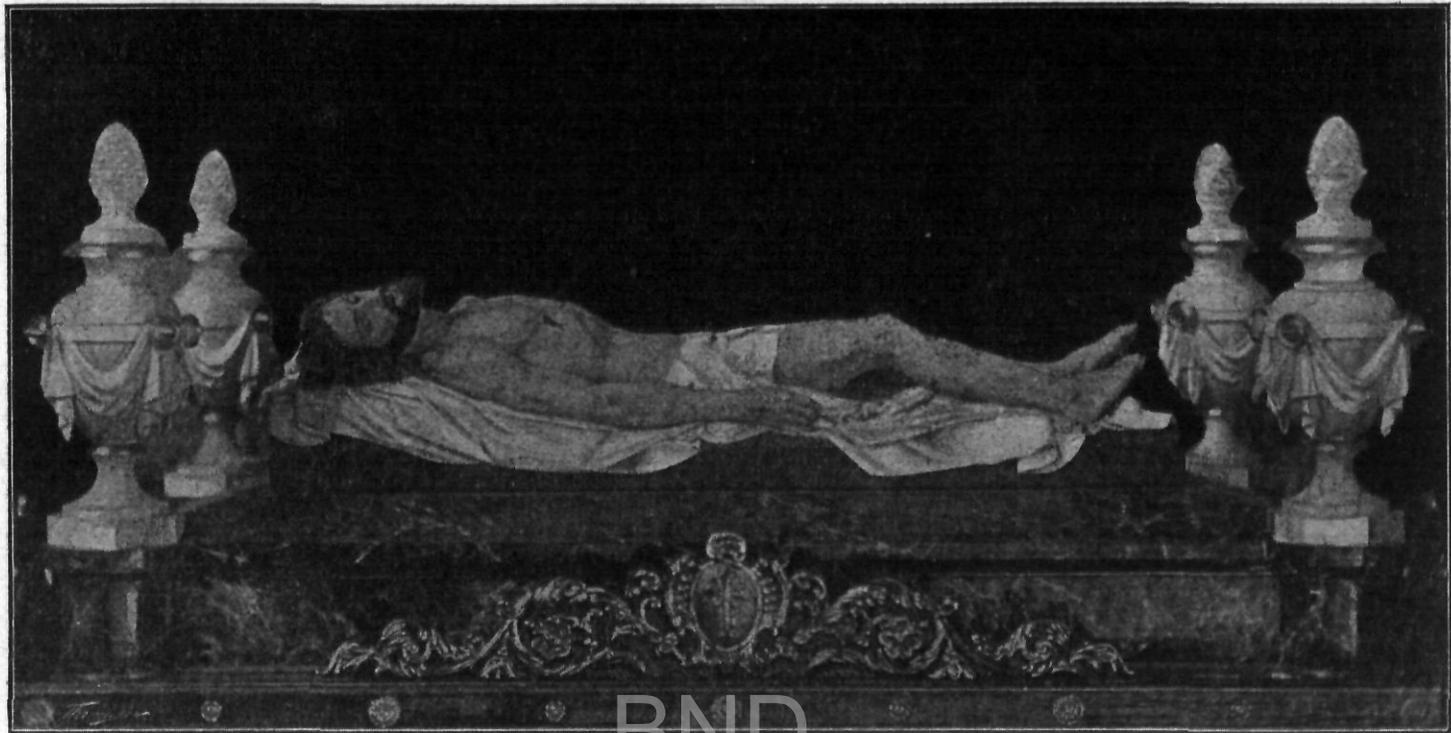
PÁGINAS DEL EVANGELIO.

LAS HIJAS DE JERUSALÉN.

HAY almas sensibles que cuando se predica ó se conmemora la Pasión y Muerte de nuestro Divino Redentor Jesucristo, piensan con curiosa atención en los tormentos terribles, en los escarnios, en los oprobios y en la tremenda agonía del Salva-

Crucificado: este sí que es fruto de bendición, fruto de vida eterna, fruto digno del árbol santo de la Cruz.

Por el pecado de la negación de Cristo lloró amargamente San Pedro, y perseveró en tan amargo llanto hasta la muerte; por sus pecados lloró la Magdalena á los pies de Cristo; por sus pecados lloró el Buen Ladrón en su agonía; por los pecados tuyos y los míos y por los de todos lloró aquella corredentora del linaje humano, Virgen purísima y Madre de Dios



PAMPLONA.—Procesión en la tarde del Viernes Santo: Jesucristo yacente. (Escultura de A. Vallmitjana).

dor, y se compadecen tiernamente de sus dolores: y acontece también que hasta las fibras del corazón humano se mueven *sensiblemente* á lástima considerando aquellos tormentos.

Pero no es esto ciertamente lo que el Señor nos pide.

También suelen llorar las mujeres y también suele moverse á lástima el corazón del hombre cuando lee ó escucha el relato de ciertas interesantes escenas trágicas y lamentables que acaecen en la vida ó se representan en el teatro ó se fingen en las novelas. Y sin embargo, no por eso nuestras costumbres mejoran ni se acrecientan nuestras virtudes.

En efecto: ¿qué fruto práctico sacaríamos para la vida eterna si *únicamente* nos contentásemos con semejantes sensiblerías?

—Hijas de Jerusalén—decía Jesucristo á aquellas mujeres que lloraban al verle por las calles de la ciudad hecho retablo de dolores—Hijas de Jerusalén, no lloreis por Mí: llorad por vosotras y por vuestros hijos.—

Ahora bien; como las palabras del Señor son palabras de vida eterna, aplicables siempre á todos los hombres, en todos los siglos y en todas las circunstancias de la vida—debemos parar mientes en que estas palabras fueron dirigidas (y efectivamente lo fueron) á todos nosotros para que al considerar los tormentos, la agonía, la Pasión y muerte de Cristo, lloremos por nosotros y por nuestros pecados que son *los únicos actos que pueden en realidad de verdad ser llamados hijos nuestros*, por ser las únicas obras que hacemos exclusivamente nosotros mismos sin cooperación ninguna por parte de Dios á lo que esencialmente constituye el pecado, sino en virtud de nuestra satánica rebelde á la sacrosanta divina voluntad.

¡Llorar nuestros pecados! Hé aquí el mejor fruto que debemos sacar de la contemplación de Cristo

y por cuya mediación nos vienen del cielo todos los torrentes de la misericordia divina y todo el tesoro de la gracia santificante de Cristo.

Y tú en cambio, hermano mío, ¿serás tan insensible y tan ingrato que no tengas siquiera para tus muchos pecados una sola lágrima de arrepentimiento? ¿No te moverá á ello la contemplación de aquel Crucificado? ¿No te moverá á ello aquel amor inefable con que Cristo pidió perdón para los que le crucificaban; ni aquella divina bondad con que se apresuró á prometer la gloria al Ladrón arrepentido; ni aquella resignación, obediencia y mansedumbre con que encomendó el espíritu á su Padre celestial?

VISIÓN DE UN SACERDOTE.

Refiere San Dionisio Areopagita que uno de sus discípulos llamado Carpo, sacerdote muy piadoso, era frecuentemente favorecido de Dios en visiones sobrenaturales. Sucedió un día que habiendo un infiel pervertido á un cristiano, el sacerdote Carpo hondamente impresionado por esto, pidió al Señor en sus oraciones que para escarmiento de todos enviase un castigo ejemplar al infiel escandaloso y al cristiano pervertido. Entregado, pues, á la oración el sacerdote, de repente desaparece todo de su vista. Entonces vió que á sus pies se abría un abismo profundo de donde salían multitud de serpientes que se enroscaban en las piernas de los dos culpados y les arrastraban al precipicio; pero alzando la mirada al cielo vió á Jesucristo descender de su trono y tender la mano á aquellos desventurados para librarles de las serpientes. A Carpo, que estaba sumamente conmovido, le causó gran extrañeza esta caridad que era tan con-

traría á la petición de rigor hecha por él; pero subió de punto su extrañeza al oír al Señor que le decía:

—«Carpó: hiéreme si quieres y descarga sobre mí tu cólera; que pronto estoy á recibir tus golpes y aun á morir de nuevo por los hombres.—Lo que yo pido es que no sean castigados, sino que se abstengan de pecar y no se expongan á las penas del infierno.»

Esta visión fué bastante para que aquel sacerdote se inspirase en sentimientos de mayor bondad y clemencia, y para que comprendiese aquellas palabras que el Espíritu Santo dice por boca del Profeta Ezequiel. «Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva.»

Si por desventura tuya, hijo mio, estás en pecado mortal, acuérdate de la Virgen que es Abogada y Madre de los pecadores; póntrate inmediatamente á los pies de un Crucifijo, representa á Cristo tus faltas y miserias, pídele humildemente perdón de tus culpas, haz una confesión bien hecha de todas ellas, y no lo dudes; el que perdonó á Pedro y á la Magdalena, el que santificó á la Samaritana, el que intercedió desde la Cruz por sus enemigos, el que prometió al Buen Ladrón la gloria, te dará también á ti dolor suficiente para llorar tus culpas, perdonará y olvidará tus pecados, lavará y mundificará tu alma, y te prometerá también la gloria eterna.

CONVERSIÓN DE UN PECADOR.

Se lee en los anales de la Compañía de Jesús que saliendo un hombre de su casa para cometer un pecado, oyó una voz que le decía:

—Detente, desgraciado ¿á dónde vas?

Volviéndose con asombro vió una imagen de la Virgen de los Dolores, que tenía en su aposento, la cual arrancando una de las espadas que atravesaban su seno, volvió á decir:

—Toma esta espada: hiéreme con ella á mí antes que herir á mi hijo con el pecado que quieres cometer.—

Movido aquel hombre á arrepentimiento con estas palabras de la Virgen, y prosternándose en tierra lloró amargamente y pidió perdón á Dios y á su Santísima Madre.

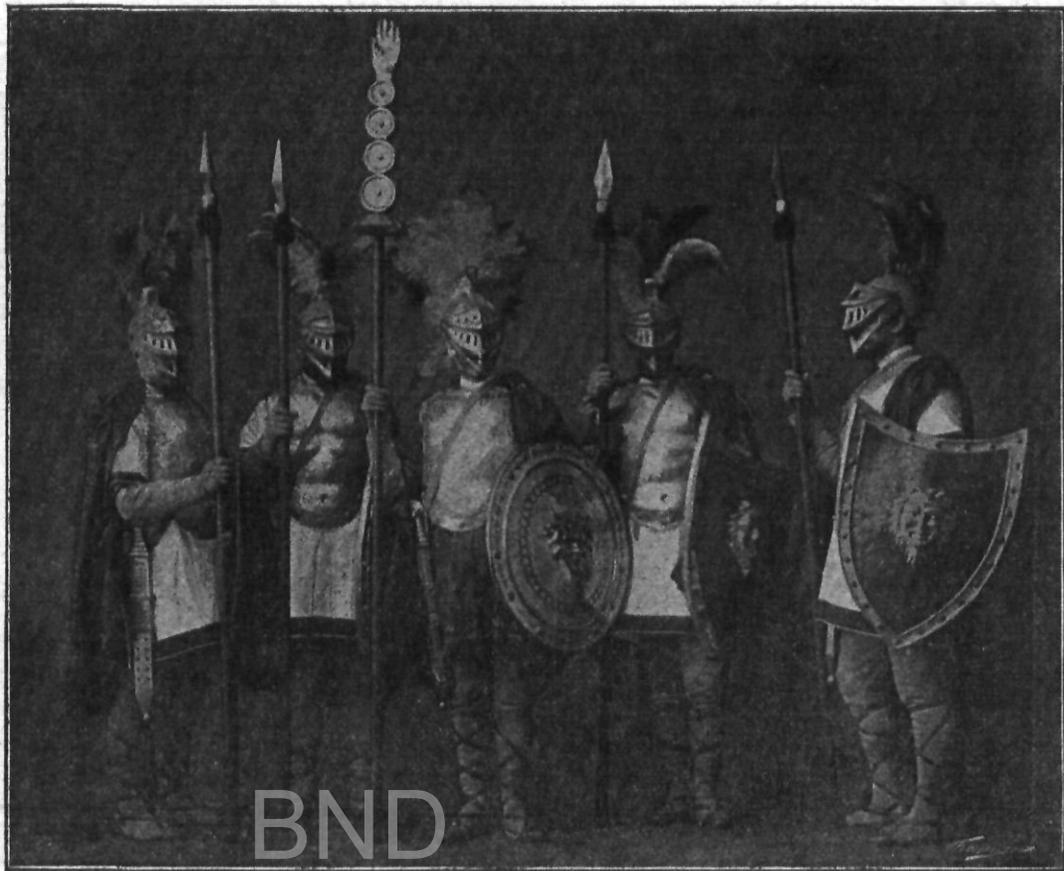
CONSEJO AMISTOSO.

Cuando vayas á cometer un pecado mortal, figúrate que está delante de tí Cristo Crucificado; figúrate que le ven tus ojos enclavado en la Cruz, que tocas con tus manos los clavos y las espinas, que palpas la llaga de su costado, que ves caer gota á gota la sangre que mana de sus heridas, y que en medio de esta agonía oyes la voz amorosa de Cristo que dice: «Padre mio; perdónale, que no sabe lo que hace», y que oyes también de la Santísima Virgen esta dul-

ce reconvencción: «Hijo mio, ten compasión de tu Dios Crucificado y no peques más.»

Dime y piénsalo bien: ¿te atreverías á cometer aquel pecado mortal después de haberte representado siquiera por un instante, esta escena? Pues acuérdate siempre, hijo mio, de Cristo Crucificado y no pecarás jamás.

CAMPAZAS.



PAMPLONA.—Procesión en la tarde del Viernes Santo: Manipulo de soldados romanos.

JESÚS CRUCIFICADO.

Juez divino y Padre humano,
A borrar culpas atento,
Busca el arrepentimiento
Con el perdón en la mano.
Ya ofrece camino llano
El Cielo á quien le practica:
Por esto se verifica
Ejemplo que al mundo acuerde,
Cómo un apóstol se pierde,
Y un ladrón se justifica.
Deuda satisface nuestra,
Jesús, que sin vida está;
Vivo otra vez, subirá
Del Altísimo á la diestra.
Él glorificada os muestra
La Cruz de Nuestro Señor.
Ved en la del pecador
El llanto del convertido.
¡Benedicid al redimido
Y adorad al Redentor!

J. E. HARTZENBUSCH.